

El construccionismo social, desde el trabajo social: “modelando la intervención social construccionista”

Por Fernando Bruno, Jesús Acevedo Alemán, Laura Karina Castro Saucedo y Rosa Isabel Garza Sánchez

PTC (profesores tiempo completo), Facultad de Trabajo Social, Cuerpo Académico de Estudios sobre Grupos Vulnerables, UAdeC - Universidad Autónoma de Coahuila, México.

Introducción

En su magistral argumentación, Ibañez (1992) planteaba -acerca de la postura construccionista- la necesidad de reflexionar sobre los mecanismos de construcción de conocimiento a la luz de las evidencias o, mejor dicho, de los cuatro mitos que bañan la modernidad.

En primer lugar, el mito del conocimiento válido como representación de la realidad. En segundo lugar, el mito del objeto como elemento constitutivo del mundo. Luego el mito de la realidad como entidad independiente de nosotros y, por último, el mito de la verdad como criterio decisorio de lo que es conocimiento.

Para el autor, estos mitos muestran el apego a la normatividad y a la noción de verdad de la ciencia, perdiendo de vista la relacionalidad y que el conocimiento se basa en convenciones. En este sentido no existe verdad en sí, sino acuerdos sobre ella, porque en primera instancia no existe realidad sin sujeto.

El construccionismo como desafío del pensamiento, del conocimiento y de su construcción, recoge una amplia gama de teorías, posturas y escuelas que se caracterizan por dar al sujeto una participación amplia en la conformación del mundo social y sus significados. Claro que la posición del mismo, al no ser unívoca la perspectiva construccionista, tampoco lo son los roles de los mismos, no obstante el acuerdo es indiscutible de que no se trata de un sujeto de racionalidad instrumental y aún menos apegado a las normas o cercenado por la estructura.

Esta disputa de paradigmas recuerda de manera análoga aquella que atravesó el trabajo social como disciplina, desde sus inicios hasta la actualidad y deconstruyendo y reconstruyendo un nuevo discurso del trabajo comunitario y del sujeto. Por ello la importancia vital de contar con una formación construccionista como zócalo para intervenir en los nuevos escenarios de este siglo XXI.

Es en este debate que el presente ensayo teórico propone revisar en primera instancia la postura construccionista desde sus aportes teóricos como la interpretación práctica del sujeto. Luego, sumar al debate iniciado los avatares del trabajo social en las últimas décadas, para buscar las conexiones e influencias del construccionismo, para demostrar que no se puede tener una formación completa en trabajo social que no sea contando con las premisas construccionistas.

La modernidad como promesa

Ya son numerosas las posturas que han criticado a la edad moderna, logrando una conciencia de que, al menos para las ciencias sociales, esa edad de oro ligada al desarrollo del método científico, necesitaba actualizarse aunque este camino traería consecuencias.

“La modernidad nace como sinónimo de racionalidad, de hecho, el mundo moderno se va a entender como el mundo laico, aquel en el cual la ley no depende de lo revelado, aquel en el cual la ciencia es portadora del conocimiento” (Sztajnszrajber, 2009, s/p).

Además, llegó con la promesa de que la ciencia y el método científico podían explicar el mundo social, y al fin dominar los procesos sociales y la organización de la sociedad para lograr el progreso *-I-*. Esa historia llevó a la búsqueda de métodos, estrategias y diseños emulados claramente de las ciencias físico-naturales y que constituyen el modelo sobre la cual se buscaron los factores (fenómenos) que determinan la acción social.

Pero con el paso del tiempo, la modernidad que prometía una búsqueda incesante de revolucionar lo existente por medio de la ciencia, se institucionalizó y cometió el error de sostener que todo lo que no pudiese demostrarse por medio de la ciencia, la observación y el método y experimentación era considerado como irracional, es decir, sospechoso de no ser cierto, de no ser verdad.

De esta manera, la verdad era para la modernidad lo que pudiese comprobarse por medio del método científico, como tal por medio de evidencia empírica. De esta manera, la ciencia logró un vocabulario y una manera de conocer y expresar la realidad. Pero en palabras de Gergen (2007), el método científico es un medio para expresar, pero no permite la libre expresión porque se rechazan otros conocimientos y no se percata de que la realidad social que se genera a través de la conducta y la acción de los agentes, es interacción. Y al ser de esta manera no existe una verdad o una manera.

Según Giner (2010, p.65), la interacción deriva en las estructuras, es decir el mundo social objetivado-institucionalizado. Este proceso de acción e institucionalización permite ver la sociedad desde dos puntos de vista opuestos: el individuo en interacción con sus semejantes y, por otro lado, las estructuras cambiantes donde se mueven los individuos.

Al mismo tiempo esto deriva en diferencias marcadas entre ambos polos epistemológicos. Mientras que el paradigma cuantitativo utiliza un método de análisis causal, correlacional, el paradigma cualitativo utiliza el análisis interpretativo y descriptivo (Bruno y Alemán, 2016).

Más allá del determinismo

En la práctica, como sostiene Sanz (2005), los intereses disciplinares favorecen los aspectos teóricos de lo individual o social, pero no se puede entender el devenir del individuo independientemente de las estructuras históricas donde se organiza la vida cotidiana.

Esta interdependencia es la que impulsa a Ferrarotti (2007), a vincular texto y contexto, es decir, la historia de vida al cuadro histórico objetivo, en el cual la primera se desenvuelve. Ambos no se pueden reducir o eliminar, el individuo histórico se mueve y transcurre en un marco dinámico que lo ayuda, lo bloquea, estimula o paraliza. Con otras palabras, De la Garza (2000) observa que la relación entre estructuras y sujetos -en cuanto a las prácticas y formas de dar sentido- no es de determinación. Las estructuras acondicionan, presionan, canalizan, pero no determinan, el sujeto tiene un margen de libertad para la acción.

En lo que concierne específicamente a las estructuras, el hombre puede percatarse o no, pero lo afectarán de la misma manera. Tratando de salir de ese dualismo entre objetivismo y subjetivismo,

“pudiera plantearse que comprender sentidos y causas no son incompatibles, que explicar la acción humana necesita de los dos niveles, de las causas ubicables en tendencias de las estructuras objetivas y sentidos que permiten a los sujetos tomar decisiones dentro de espacios de posibilidades que no escogieron pero que pueden también modificar a partir de sus acciones, porque estructuras y sujetos interaccionan, se autoreproducen, se actualizan y cambian” (De la Garza, 2000)

Toda experiencia de vida comporta una dimensión social, sin individuo no hay sociedad ni tipos de acción posibles. Sin embargo, no se trata de un individuo dado, sino que a partir de él se entiende un fragmento de la realidad socio-histórica, se forma un objeto social (Bertaux, 1997).

La parte de construcción de la realidad: el construccionismo social

Abordar la importancia del construccionismo conlleva, a nuestro entender, varios desafíos, comenzando por entender que no existe una sola corriente o representante de este movimiento. Por el contrario, es el fruto de la comunicación de varias posturas en el seno de las ciencias sociales, en donde la psicología social fue la pionera.

En este sentido, no pretendemos llegar a un acuerdo unívoco sobre la verdad construccionista, ni abordar los autores principales, porque es un movimiento mundial y muy extenso. Por el contrario, es el propósito de este apartado señalar las premisas más destacables de este movimiento para entender los aportes teóricos y la visión del sujeto que ha propuesto. Pero para eso es preciso conocer el camino del construccionismo social.

Es en 1985 que aparece el concepto de construccionismo social por primera vez en un trabajo de Kenneth Gergen, quien se reconoce como el escritor pionero (Gergen, 1985). Por esos años, la historia del construccionismo social coincide con el desencanto con la modernidad y un malestar intelectual alrededor del positivismo. De esta manera, este movimiento nació como una respuesta al empirismo epistemológico, al conductismo, cognitivismo, experimentalismo y positivismo.

El posmodernismo fue el telón de fondo para los planteamientos construccionistas, abandonando el determinismo universal de la verdad para pasar a las múltiples racionalidades y en consecuencia múltiples realidades.

En el plano político, por su parte, el construccionismo se inscribe en un contexto general de contestación, de derrumbes y recomposiciones -2-. En parte, es dicho descontento al que se lo llama construccionismo social (Ibáñez, 2003).

Entonces es justamente en 1980, en el campo de la psicología social, donde el construccionismo logra revolucionar el campo intelectual dominado por la ortodoxia positivista y transmitirlo a todo el campo de las ciencias sociales (Iñiguez, 2007). En el seno específico de la psicología, el construccionismo deconstruyó el énfasis de las investigaciones centradas en la mente individual, la idea de un mundo exterior cognoscible y el lenguaje como portador de verdad, criticando la falta de elementos de historia en la psicología.

Occidente tuvo un largo romance con la verdad, con ‘V’ mayúscula. Y antes de que hubiera una verdad científica con ‘V’, hubo para nosotros una verdad religiosa. A medida que la sociedad occidental se hizo más secular, la ciencia vino a constituirse en el sostenimiento principal de la verdad. En el siglo XX se desarrolló un acuerdo general acerca de que de algún modo el empirismo lógico servía como base para hacer pretensiones de verdad (Yang y Gergen, 2012, p. 128).

En cambio, el construccionismo social insiste en que las ciencias son construcciones de la realidad y la realidad es un significado producido por el sujeto.

El construccionismo social se trata, según Gergen, de un conjunto de conversaciones que se desarrollan en todas partes del mundo y participan, todas ellas, en un proceso que tiende a generar significados, comprensiones, conocimientos y valores colectivos (Gergen, 2006).

Es en 1980 -y específicamente en el campo de la psicología social- cuando el construccionismo logra revolucionar el campo intelectual en una era dominada por el paradigma positivista. Sin embargo, los nuevos planteamientos fueron repartiéndose al conjunto de las ciencias sociales (Iñiguez, 2007).

La investigación de *self* o el yo, ahora es múltiple, es decir que el yo cuenta con diversas potencialidades que pueden ser usadas de acuerdo a las construcciones en cada contexto. Esto tiene que ver con la vuelta a la importancia del sujeto, pero no individualidad sino a la relacionalidad, escapando a las explicaciones, objetivas y causalistas que dominaban bajo el reino del positivismo.

El construccionismo social, al no ser un movimiento cerrado, permite que muchos intelectuales se reconozcan como parte él, pero hay un elemento que es constante: la crítica. Y ésta es entendida en varios aspectos:

1. **Práctica.** En el sentido de reflexionar sobre cuál es el valor práctico de una visión del mundo que se tiene.
2. **Política.** Es decir a quién sirven los descubrimientos y las investigaciones que se hacen.
3. **Vida cotidiana.** El construccionismo tiene un fuerte arraigo en la práctica y junto a los aspectos anteriores, insiste en que lo que llamamos realidad, aunque podría ser de otro modo.

De esta manera el construccionismo llevó a un cambio de perspectiva en las investigaciones de las ciencias sociales con aportes que en su época permitieron explicar nuevos fenómenos por su característica de construcción, tales como nuevas identidades, ejercicios de poder y aportes sumados desde el feminismo (Ibañez, 2003). Además, se acercó al giro lingüístico con la importancia que se le da al lenguaje como productor de significado y de hechos sociales y no solamente como una simple parte de la comunicación.

Algunas críticas hacia el construccionismo

La mayor crítica que ha aparecido hacia el construccionismo es que no tiene una unidad, dado que permite la convivencia de diferentes posturas. Sin embargo, de manera conjunta tienen un mismo propósito: demostrar la interacción social como construcción de “una realidad” y no de una verdad.

Se le adjudica a Ibañez (2003) la postura de que el construccionismo se caracteriza más por ser una galaxia y realmente no puede ser de otra manera, porque la pretensión de unidad fue una de las principales críticas del construccionismo hacia la ciencia, invitando por el contrario a un diálogo de posturas desde la diferencia, ya que el propósito de la ciencia -según este movimiento- debe siempre estar más allá de criterios científicos precisos y más cerca de un aporte para entender la realidad social y cambiarla.

Sandoval (2010) también sostiene que el construccionismo no es una teoría unificada. Por ello se reconoce como perspectiva, mostrando también que no se trata de una unidad y uniformidad. En todo caso, se trata -en palabras de Gergen (2009)- de un conjunto de conversaciones en todas partes del mundo que han generado significados, comprensiones, conocimientos y valores colectivos.

Gergen tuvo un gran acierto al titular al construccionismo como un movimiento, conjunto de elementos teóricos en progresión (no acabado), laxo, abierto y con contornos cambiantes e impreciso, no como una doctrina cerrada y estable o coherente (Ibañez, 2003).

Históricamente se puede criticar al construccionismo también porque en última instancia, después de su época dorada, se institucionalizó, se acomodó. De ser marginal y un refugio de una historia de lucha, pasó a ser una corriente masiva de investigación (Iñiguez, 2007).

Trabajo social bajo la mirada construccionista

Desde el trabajo social se reconoce particularmente que el construccionismo social representa todo un movimiento intelectual que surgió a partir de la crisis de la psicología social a mediados del siglo XX, lo cual, en palabras de Gergen (2005), es *“un esquema teórico que reconoce el conjunto de conversaciones que se desarrollan en todas partes del mundo y participan, todas ellas, en un proceso que tiende a generalizar significados, comprensiones, conocimientos y valores colectivos”* (p. 34). En dicho movimiento, Gergen (1996) y Potter (1998) reconocen que ningún conocimiento - incluso la ciencia- puede liberarse de las propiedades históricas, culturales, sociales y discursivas que lo producen; el conocimiento es el resultado de una construcción colectiva, las relaciones fabrican nuestras versiones de lo que puede ser denominado como conocimiento (Burr, 1996) y por otra parte, la objetividad -ésta que tanto pronuncia la ciencia- no se establece por su proximidad a la verdad sino por ser una consecuencia de las construcciones narrativas (Cabruja *et al.*, 2000).

Según Gergen (2005), *el construccionismo busca explicar cómo las personas llegan a describir, explicar o dar cuenta del mundo donde viven*. Un concepto imprescindible dentro de este marco epistemológico es el lenguaje, al que se le define como el promotor indispensable para acceder y construir la realidad social. De hecho, las palabras no cumplen una función objetiva/pasiva ni son una herramienta que permite describir al mundo tal y como es (Cabruja *et al.*, 2000). Más bien al contrario, éstas tienen una función activa, formativa y modeladora que les permite estructurar y modificar la realidad a la que se refieren. Según Austin (1983), no se pueden separar las descripciones de la acción social, enunciar inevitablemente es realizar un acto. No obstante, sostiene Gergen (1996), éstas en sí mismas no llevan significado, sólo lo generan en virtud del lugar que ocupan en el ámbito de la interacción humana.

Por su parte, Shotter (2001) sostiene que resulta imposible pensar en una entidad extralingüística dentro de este marco, aclarando que para el construccionista no hay manera de salir de nuestras formas conversacionales de comunicación; no existen entidades extralingüísticas cuya significación sea lingüísticamente clara con anterioridad a lo que se habla de ellas (Rorty, 1980). Tanto la verdad como el conocimiento (incluso el científico) no son entidades del más allá, ni están sujetas a una razón superior u objetividad pura, sino más bien, se construyen lingüísticamente en las relaciones sociales. En tal sentido, el construccionismo social busca explicar cómo las personas describen y explican el mundo donde viven. Para ello toma en cuenta cuatro hipótesis (Gergen, 1996):

- Hipótesis primera: lo que se considera conocimiento del mundo no es producto de la inducción o de la construcción de hipótesis generales como pensaba el positivismo, sino que está determinado por la cultura, la historia o el contexto social.
- Hipótesis segunda: los términos con los cuales se comprende el mundo son artefactos sociales, productos de intercambio entre la gente, históricamente situados. El proceso de entender no es dirigido automáticamente por la naturaleza sino que resulta de una empresa activa y cooperativa de personas en relación.

- Hipótesis tercera: el grado hasta el cual una forma dada de comprensión prevalece sobre otra no depende fundamentalmente de la validez empírica de la perspectiva en cuestión, sino de las vicisitudes de los procesos sociales (comunicación, negociación, conflicto, entre otros).
- Hipótesis cuarta: las formas de comprensión negociadas están conectadas con otras muchas actividades sociales y, al formar así parte de varios modelos sociales, sirven para sostener y apoyar ciertos modelos excluyendo otros. Alterar descripciones y explicaciones significa amenazar ciertas acciones e invitar a otras.

A su vez, dentro del trabajo social se asume que el construccionismo social responde a una serie de tradiciones teóricas, como pueden ser la *psicología social* de Gergen e Ibáñez, la *sociología fenomenológica* de Schutz, Bergen y Luckmann, el *interaccionismo simbólico* de Blumer y Mead, la *teoría crítica* de Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermans, Dewey y James, la *biología del conocimiento* de Maturana y Varela, la *cibernética segundo orden* de Foerster, la *etnometodología* de Garfinkel, la *pedagogía* de Vygotski, el *deconstructivismo* de Derrida y Wittgenstein, la *hermenéutica* de Gadamer, el *constructivismo radical* de Glasersfeld, y la *teoría Sistémica* de Watzlawick, Luhmann y Morin (Kisnerman, 1998) (figura 1) (Acevedo, 2017a). Dentro del Trabajo Social, dichas tradiciones han posibilitado generar acercamientos en el plano de la *intervención social*, así como en la generación de modelos de análisis y reflexión de la realidad imperante.

La intervención en Trabajo Social

Ahora bien, se puede entender como intervención social al “*conjunto de principios de acción, organizadores de la práctica en relación a problemáticas específicas, y que permiten la inclusión en un todo, en una unidad, de aspectos teórico-metodológicos, funcionales y también filosóficos, de una forma determinada de práctica*” (Hill, 1980), destacándose que los modelos poseen tres principios fundamentales:

1. Representan un conjunto sistematizado de acciones previamente planeadas, resultado de la investigación, para atender las necesidades específicas de una población determinada.
2. Es una estrategia que ha sido aplicada, evaluada, validada rigurosamente y que puede replicarse en lo general, en otro contexto, con los mismos resultados.
3. Estrategia teórico-metodológica que define la intervención específica a realizar en una situación-problema para su modificación, que por estar validada es replicable en sujetos y contextos similares.

En tal sentido, Duque (2013) reconoce que el hablar de modelos de intervención -particularmente en el ámbito de trabajo social- es remitirse a las distintas propuestas que se originan en los planteamientos de Mary Richmond a principios del siglo pasado, que sientan las bases de un quehacer profesional en intervención con fundamentos científicos y metodológicos que derivaron en los años subsecuentes en una diversidad de propuestas de atención tanto a nivel individual, familiar y social y, sobre todo, el reconocer la evolución histórica que han tenido desde los desarrollados para atender la caridad, pasando años después a la asistencia social, a dar respuesta a los movimientos de re-conceptualización, hasta un quehacer profesional contemporáneo y global (cuadro 1) (Acevedo, 2017a; 2017b).

Cuadro 1. Construcción histórica de los modelos de intervención desde el Trabajo Social

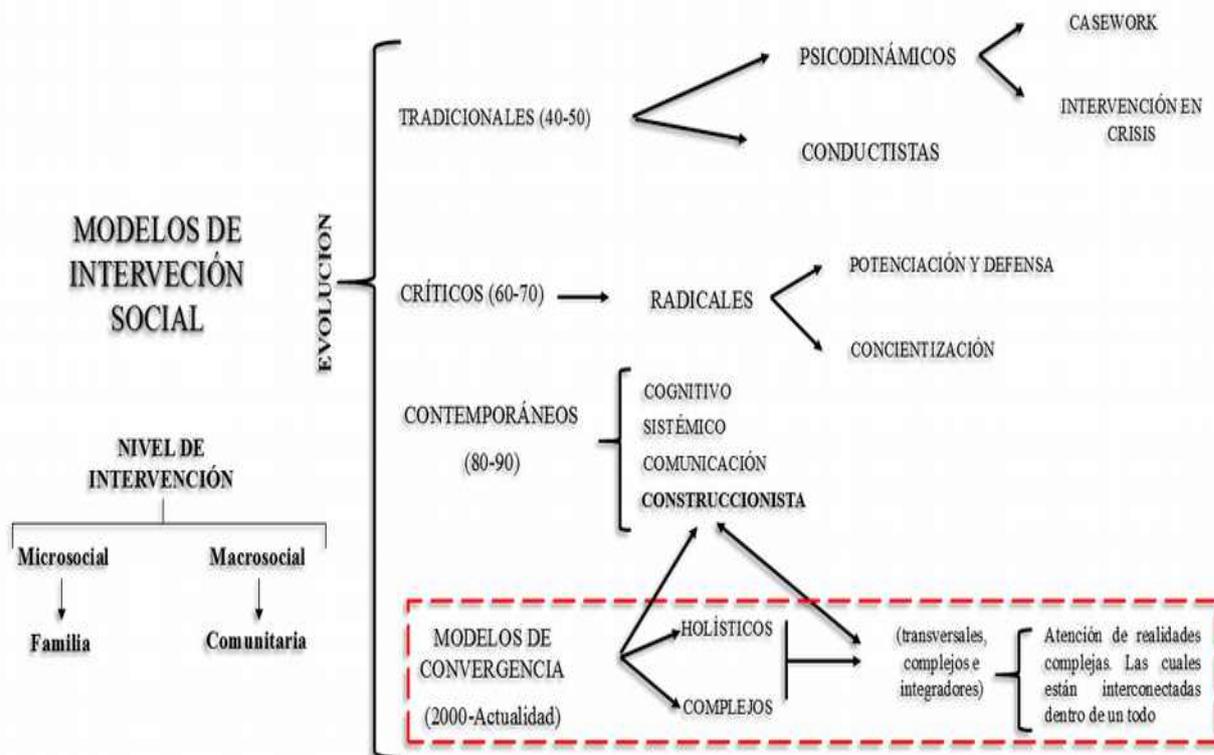
| Etapa del Trabajo Social | Sujetos de Intervención | Finalidad | Contexto | Teorías y Metodologías |
|--|---|---|---|---|
| Caridad ¿Antecedentes del TS? | Huérfanos Presos Viudas | Ayudar a las personas para satisfacer necesidades básicas | Edad Media Iglesia Feudalismo | “Cristianismo” |
| Asistente Social (20’s: Tecnificación) | Indigentes Desempleados Mujeres abandonadas | Contención Readaptación Ajuste Rehabilitación | Industrialización Capitalismo Aparición del Estado | Positivismo Funcionalismo Trabajo Social de Caso |
| Trabajo Social (80’s: Re-conceptualización) | Pueblo Comunidad | Transformación Social Concientización popular Movilización | Revolución cubana (1959) Capitalismo Movimientos sociales en América Latina | Materialismo Histórico Dialéctico Trabajo Social de Grupo y Comunidad (Desarrollo comunitario) |
| Trabajo Social Contemporáneo (90’s-Actualidad) | Grupos vulnerables Sujetos Sociales grupos en situación de riesgo | Cambio Social Empoderamiento Ciudadanía con derechos y potencialidades para el cambio | Capitalismo Globalización Neoliberalismo Organizaciones de la Sociedad Civil | Teoría General de Sistemas Teoría de la complejidad Metodología de Redes Promoción de los sujetos Estrategias de Intervención. Modelos de TS contemporáneos Modelo de intervención construccionista |

Fuente: Acevedo (2017a; 2017b)

Modelos teóricos que han marcado tendencia, y sobre todo, han dibujado el escenario del quehacer profesional encaminado a la intervención social, desde modelos de primera generación: los *tradicionales* (psicodinámicos y conductistas); de segunda generación: *críticos-radicales* (potenciación, defensa y concientización); de tercera generación: los *cognitivos, sistémicos y de comunicación* y los de cuarta generación: los de *convergencia* los construccionistas, holísticos, complejos, integradores y transversales.

Modelos que responden a niveles de intervención desde lo micro (individuo-familia) hasta lo macrosocial (sistemas-comunidades) (figura 2) (Acevedo, 2017a; 2017b).

Figura 2. Evolución de los modelos de intervención social



Fuente: Acevedo (2017a; 2017b)

De manera específica se puede decir que los diferentes modelos de intervención evolucionaron de tal modo que se diversificaron en sus alcances con mayor solidez teórica, como pueden ser los modelos: *centrado en la tarea* de Reid y Epstein; *cognitivo relacional*, de Richmond; de *análisis transaccional* de Pitman; de *cambio* de Bernler y Johnsson; de *concienciación psicosocial* de Freire; de *crisis* de Golan; de *cuatro sistemas* de Pincus y Minahan; de *gestión de casos* de Rose, O’connor y la NASW; de *la gestalt* de Reynosa y Calvo; de *potenciación* de Solomón y Furlong; de *provisión social* de Lutz; de *redes y sistemas de apoyo* de Walton y Garbarino; de *solución de problemas* de Perlman; de *validación humana* de Satir; de *vida* de Germain y Gitterman; *existencial* de Krill; *funcional* de Robinson; *psicosocial* de Hamilton; *psicosocial* de Hollis y Woods; *sistémico relacional* de Chadi; *unitario* de Goldstein; entre otros (Duque, 2013).

Modelo de intervención construccionista. La cuarta generación de intervenciones

El fenómeno social se puede reconocer que es cada vez más complejo y se encuentra íntimamente relacionado e interconectado de una manera sistémica en diferentes niveles que pueden ir desde lo individual, familiar, social, hasta contextual, el cual exige un análisis y formas de pensar en igual orden. En tal sentido, los desafíos profesionales contemporáneos demandan a la intervención social el atender ese todo en cada uno de sus niveles, a partir del diseño de modelos de intervención complejos, con alcances transversales e integradores (Acevedo, 2017^a; 2017b), para lo

cual se diseña la presente propuesta de intervención social construccionista que está orientada principalmente en:

- La consideración de un andamiaje teórico y conceptual desde la mirada del construccionismo social que posibilite explicar cómo las personas llegan a describir, enunciar o construir el mundo donde viven, así como sus realidades que le generan un conflicto o tensión con otros. El construccionismo social parte del principio de que no existe una sola realidad, por lo que en las interacciones humanas, cada persona aporta la suya propia y, en el sistema relacional, se debe construir una realidad nueva y alterna con la que iniciaron la transacción. De esta manera, el conocimiento se construye y reconstruye en adaptación a las experiencias y las vivencias cotidianas. Se plantea como eje central que el conocimiento -entendido como el repertorio con el que es manejado el mundo- se construye a través de la acción; cada conocimiento nuevo está integrado al conocimiento anterior (Kisnerman, 1998);
- La utilización, en un segundo momento, de un conjunto de modelos de intervención social (Duque, 2013) que contribuyan -junto con la persona- a la búsqueda de soluciones a aquellas realidades que le generan el conflicto, a partir de la construcción de las alternativas que se deriven de su propio mundo, socialmente construido e íntimamente conectado con sus diferentes niveles sistémicos (individuo, familia y sociedad) (Gergen, 2006).

Para lograr lo anterior se reconocen todas las fortalezas teórico metodológicas generadas hasta el momento -tanto de investigación como de intervención- y se buscará de manera crítica, innovadora, creativa y respetuosa de las múltiples percepciones, el atender las realidades que generan el conflicto, expuesto por la persona, socialmente construido o identificado por el profesional en cada uno de los niveles que se dibujen a partir del uso o adaptación de algún diseño de intervención ya existente o el modelamiento de uno con características complejas, de alcance transversal e integrador que dé respuesta -en ese mismo nivel de identificación- a la persona en cuestión, destacándose como principios fundamentales la creatividad, participación y la reflexividad del propio profesional (Acevedo, 2017^a; 2017b).

Además, el modelo de intervención construccionista parte del principio de que *“el camino hacia elaboración de cualquier propuesta o proyecto, debe comenzar por una definición, sin embargo esta no se revelará a quien todavía no se ha planteado la pregunta (...), hay que recorrer un camino de búsqueda, en relación a la pregunta formulada”* (Ander-Egg, 1991). En tal sentido, y en palabras de Kuhn (1994) y Kisnerman (1996), es importante reconocer que *“cuando un paradigma o modelo no responden a las necesidades de un momento histórico de una sociedad que demanda respuestas, estos entran en crisis [...] dando pie a la necesidad de revisarlo y/o reemplazarlos por uno que dé respuesta directa [...]”*

Ahora bien, no debe olvidarse que *“un modelo es una construcción simplificada y esquemática de la realidad, que surge de una teoría y como tal puede ser contrastada empíricamente en la*

práctica” (Kisnerman, 1998). Para la construcción de un modelo de intervención se tiene que pensar en tres principios básicos, como son: el contar con una *serie de fases o etapas* que delimiten el conjunto de acciones a desarrollar, entendida también como una estrategia de intervención documentada susceptible de ser analizada, discutida, corregida y evaluada; el disponer de un conjunto de *referentes teóricos y metodológicos* que avalen la propuesta y finalmente, el establecer un flujo o ruta crítica de trabajo (figura 3) (Ander-Egg, 1991).

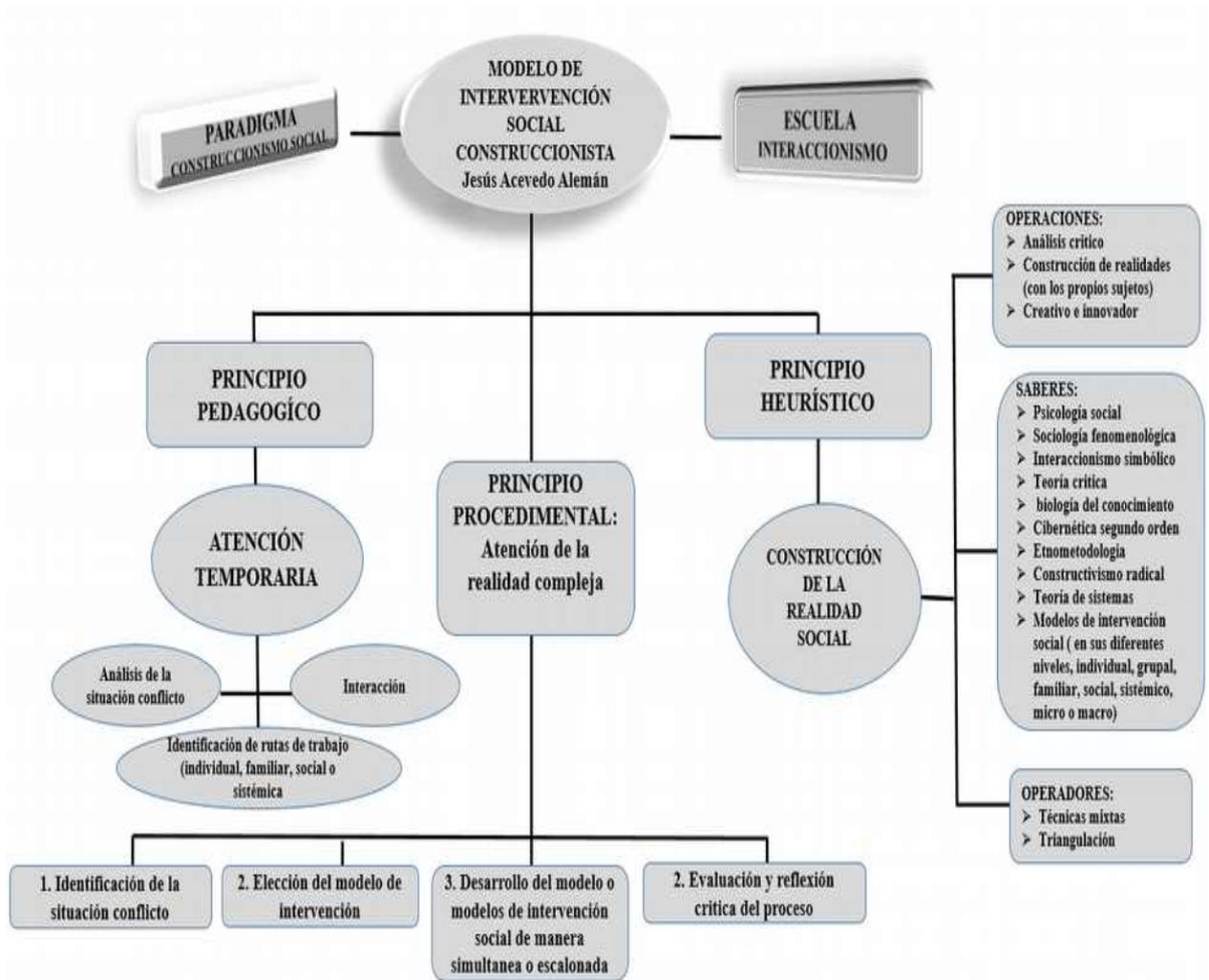
Principios del modelo de intervención social construccionista

En principio, el modelo construccionista reconoce que la realidad es socialmente construida y que esta realidad se tendrá que entender a partir de un conjunto de conversaciones que se desarrollan en todas partes del mundo y participan, todas ellas, en un proceso que tiende a generalizar significados, comprensiones, conocimientos y valores colectivos (Gergen, 2005). Para entender dicha realidad, exige un análisis y formas de pensar en igual orden, de una manera interconectada dentro de un todo. Por consecuencia, se requiere atender a ese todo, en cada uno de sus niveles, a partir del diseño de modelos de intervención complejos, con alcances transversales e integradores (Acevedo, 2017a;2017b).

Para lograr dicho acercamiento se reconocen todos aquellos referentes teóricos que dan origen al propio construccionismo y que a su vez, sugieren las metodologías para la aproximación a la realidad o para la identificación de la *situación conflicto*, como pueden ser los métodos de la sociología fenomenológica, interaccionismo simbólico, teoría crítica, la cibernética de segundo orden, la biología del conocimiento, la etnometodología, la pedagogía, la deconstrucción, la hermenéutica, el constructivismo radical y la teoría de sistemas, entre otros.

Finalmente, y en base a lo planteado por Gergen (2005), Kisnerman (1996) y Acevedo (2017^a; 2017^b), el presente modelo de intervención social construccionista responde en principio al paradigma del construccionismo social, regido bajo la escuela interaccionista, con un principio pedagógico de atención temporaria, esto es el análisis de la situación conflicto, interacción e identificación de las rutas de trabajo, sean éstas individuales, familiares, sociales o sistémicas, con un principio procedimental de atención de la realidad compleja en cuatro momentos, como son la identificación de la situación conflicto, la elección del modelo de intervención, el desarrollo del modelo o modelos de intervención social de manera simultánea o escalonada y la evaluación y reflexión crítica del proceso considerando de igual manera un principio heurístico de construcción de la realidad social (figura 4), modelo que se instrumentará para efectos operativos en cinco etapas (figura 5) (Acevedo, 2017a).

Figura 4. Modelo de intervención social construccionista



Fuente: elaboración propia

Figura 5. Proceso del modelo de intervención social construccionista



Fuente: Acevedo (2017a)

Consideraciones finales

La intervención social demanda actualmente perfiles cada vez más fortalecidos en metodologías, técnicas e instrumentos de actuación. La realidad que se está abordando es cada vez más compleja y las propuestas unilaterales o unidisciplinarias han sido rebasadas por las propias dinámicas sociales. En tal sentido, el reto para los propios profesionales radica en generar estrategias innovadoras, circunscritas en lo denominado como *innovación social*, término utilizado para referirse a un amplio espectro de soluciones innovadoras a problemas sociales y ambientales. Dicho ejercicio también se puede entender como un proceso de creación, implementación y difusión de nuevas prácticas sociales en áreas muy diferentes de interés para la sociedad.

Abordar temas contemporáneos con técnicas innovadoras lleva en principio a adoptar un pensamiento distinto y más audaz, como puede ser el caso de técnicas de abordaje que pasen de dar simples pláticas o compartir un tríptico, a estilos vivenciales en los que el participante se sienta parte del proceso de solución de sus necesidades, identificadas por ellos mismos, donde se conecte a un nivel empático o un nivel emocional con el propio profesional, el cual, más allá de construir “mascaras” o de “ostentar estereotipos disciplinares -soy trabajador social, médico, psicólogo o cualquier otro profesional- genere un acercamiento transparente, de genuino interés y preocupación por el otro, rescatando con ello principios nobles de la intervención como la vocación de servicio, la ética profesional o un actuar basado en una actitud humanista; acercamientos con técnicas o metodologías alternativas que generen emociones e impactos distintos (Acevedo, 2017^a; 2017b).

Lo importante es que se atreva a pensar diferente y que salga de su área de confort, o como lo expresaría Bunge (2004), “cimbrea sus dogmas científicos”, un perfil distinto que afronte el desafío de los fenómenos complejos y que se permita trabajar con profesionales distintos, con ideologías diversas y con propuestas alternativas. Se requiere de un profesional con fortalezas cognitivas que le permitan discernir y generar alternativas, todas ellas bajo una inteligencia emocional que le facilite involucrar a los diferentes actores.

La intervención social requiere de perfiles con características holísticas, de manejo o entendimiento sistémico, con razonamientos complejos, pero de respuestas inmediatas y concretas, de resultados eficientes y de soluciones -como las que en administración se expresan como “lo quiero para ayer, porque se requerían para antier”- que no se pierdan en la demagogia, en la verborrea, o en la retórica disciplinar. Pensar en un profesional que sea considerado “todoterreno”, en el entendimiento de que está armado con un sólido perfil disciplinar, con referentes metateóricos, con competencias socioemocionales que le permitan resolver y generar respuestas en ambientes adversos y de hostilidad o de precariedad total. Perfil que cuente con las fortalezas, tanto científicas como espirituales, que lo lleven a una trascendencia en su actuación y protagonismo, alejado de los egocentrismos, las posiciones narcisistas o de autocomplacencia, de victimización o de vanagloria de las migajas de la actuación profesional, con sólidos principios y valores encaminados hacia la búsqueda de las premisas reales de la intervención, como son los tan anhelados cambios de vida, transformación de las conductas nocivas, liberación de las opresiones o el combate al encadenamiento a las ignorancias, entre muchas otras.

En suma, se puede apuntar a que -independientemente del noble propósito de la actuación profesional- se tiene que reconocer que la dinámica social está dictando los nuevos márgenes del propósito de las ciencias sociales y particularmente de los perfiles que hacen a la intervención social. Tal llamado nos confronta a ir identificando nuevas formas, tanto de hacer ciencia como de entender la injerencia del propio conocimiento en la realidad, al igual que el tipo de profesional que se requiere para atender dicho escenario, que dicho sea de paso debemos de ir construyendo a partir de todas las fortalezas científicas que a lo largo de los años se han acuñado, hasta llegar a obtener

un perfil que pase de ser un alto especialista de una cosa (Evangelista, 2011) a ser considerado como un profesional “todoterreno” con una capacidad para la generación de iniciativas y proyectos de innovación social y que logre además intervenciones con mejores resultados y calidad.

Por ello se puede decir que un profesional que se precie de responder a escenarios complejos debe de partir de un sólido andamiaje teórico, como puede ser el construccionismo social, así como un dominio de modelos de intervención que den respuesta a los posibles requerimientos de nivel individual, familiar, social y de contexto, adaptables a las lógicas sistémicas, holísticas y complejas, a la par que ser un profesional que cuente con actitud de permanente reflexión, irreverente y cuestionador de los métodos tradicionales, en miras a la generación de propuestas alternativas, holísticas y de respuesta transversal.

Notas

-1- Sin dudas dos pensadores que representan este movimiento son los sociólogos Saint Simón y Augusto Comte, con la defensa de una ciencia positiva (la sociología) para restablecer el orden como fundamento para el progreso.

-2- La década de los ochenta es rica en procesos políticos, entre los que se destacan la caída del muro de Berlín, la vuelta a las ideas liberales en el campo económico...

Bibliografía

Acevedo, J. (2017a), *Modelo de intervención social construccionista*. Abordando las realidades complejas. Pearson, UAdeC.

Acevedo, J. (2017b), *Modelo de intervención social construccionista. Una propuesta para atender las realidades complejas*, FTS-UADEC.

Ander-Egg, Ezequiel (1991), *Metodología y práctica de la animación sociocultural*, Buenos Aires, Hvmánitas

Austin, J. (1983), *¿Cómo hacer cosas con palabras?*, Barcelona, Paidós.

Bertaux, D. (1997). *Les récits de vie*. Paris: Nathan.

Bruno, F., & Alemán, J. A. (2016, outubro-dezembro). El Enfoque Biográfico: La construcción de las trayectorias laborales de los adultos mayores, un fenómeno de análisis social. *Revista Kairós Gerontologia*, 19(4), pp. 29-47

Bunge, Mario (1978), *La ciencia: su método y su filosofía*, Buenos aires, Argentina, Siglo Veinte.

Bunge, Mario (2007), *Diccionario de Filosofía*, Madrid, Siglo XXI Editores.

Burr, V. (1996), *An introduction to social construccionism*, London, Routledge.

Cabruja, T., Íñiguez, L. y Vázquez, F. (2000), Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad, *Análisis*, 25 (p. 61-81).

De la Garza, E. (2000). ¿Hacia donde va la Teoría Social? En E. c. De la Garza Toledo, *Tratado*

latinoamericano de sociología del trabajo (págs. 9-39). México: colegio de México.

Duque, Aura Victoria (2013), *Metodología de intervención social, palimpsestos de los modelos en trabajo social*, Manizales, Universidad de Caldas, Editorial Epílogos

Evangelista, E. (2011), *Aproximaciones al Trabajo Social, Contemporáneo*, Red de investigaciones y estudios Avanzados en Trabajo Social, A.C.

Ferrarotti, F. (mayo-agosto de 2007). Las historias de vida como método. *Convergencia Vol. 14 No. 44*, págs. 15-40.

Gergen, K. (1985). The Social Constructivist Movement in Modern Psychology. *American Psychologist Vol. 40 No. 3*, 266-275.

Gergen, K. (1996), *Realidades y relaciones: aproximaciones al Construccinismo social*, Paidós, Barcelona.

Gergen, K. (2005), *Construir la Realidad. El futuro de la psicoterapia*, Barcelona, Paidós.

Gergen, K. (2006). *Construir la realidad: el futuro de la psicoterapia*. España: Paidos Iberica.

Gergen, K. I. (2007). *Construccinismo social, aporte para el debate y la práctica*. Bogotá: Uniandes.

Giner, S. (2010). *Sociología*. Barcelona: Península.

Hill, Ricardo (1980), *Caso individual. Modelos actuales de práctica*, Buenos Aires, Hvmnitas.

Ibáñez, T. (1992). ¿Cómo se puede no ser construccionista hoy en día? *Revista de Psicoterapia Vol. III No. 12*, 245-257.

Ibáñez, T. (2003). La construcción social del socioconstruccionismo: retrospectiva y perspectivas. *Política y Sociedad Vol. 40*, 155-160.

Iñiguez, L. (2007). Nuevos debates, nuevas ideas y nuevas prácticas en la Psicología Social de la era “post-construccionista”. *FERMENT AÑO 17 - N° 50*, 523-534.

Kisnerman, Natalio ([1996]1998), *Pensar el Trabajo Social. Una introducción desde el construccionismo*, 2º edición, Buenos Aires, Lumen/ Hvmnitas.

Kuhn, Thomas (1994), *¿Qué son las revoluciones científicas?*, Barcelona, Altaya.

Potter, J. (1998), *La representación de la realidad: Discurso, retórica y construcción social*, Barcelona, Paidós.

Richmond, Mary Ellen (1962), *Caso social individual (What is Social Case Work*. Publicado en inglés, en 1922, por la Russell Sage Foundation), Buenos Aires, Humanitas.

Rorty, R. (1980), *Philosophy and the Mirror of Nature*, Oxford: Blackwel.

Sandoval, J. (2010). Construccionismo, conocimiento y realidad: una lectura crítica desde la Psicología Social. *Mad. N° 23*, 31-37.

Sanz, A. (2005). El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentso personales. *Asclepio Vol. LVII*, págs. 99-115.

Shotter, J. (2001), *Realidades conversacionales: la construcción de la vida a través del lenguaje*,

Buenos Aires, Amorrortu.

Sztajnszrajber, D. (2009). *La cuestión posmoderna*. . Buenos Aires: Gestión Cultural y Comunicación - FLACSO.

Yang, L., & Gergen, K. (2012). Social Construction and its Development: Liping Yang Interviews Kenneth Gergen. *Psychol Stud* 57 (2), 126-133.